

EL HABLANTE ANTE LA LENGUA Y SUS VARIEDADES¹

El lenguaje ha sido y será un tema de continuada meditación por parte del hombre. Esto no es sorprendente. En el habla se manifiestan de un modo más claro las peculiaridades de la especie humana. El desarrollo de la personalidad va paralela a la adquisición del lenguaje. Quien ha quedado detenido en su desarrollo psíquico, tampoco adquirirá plenamente la lengua de la comunidad en que vive. Ahondar en la naturaleza del lenguaje es llegar a un mejor conocimiento del hombre. El lenguaje es considerado por algunos pensadores como el más hondo problema filosófico, Hasta el punto de que las reflexiones sobre él son tan antiguas como la filosofía misma.

Pero las reflexiones sobre este maravilloso instrumento de comunicación no son exclusivas del filósofo o del lingüista. En mayor o menor medida, todo hablante hace observaciones sobre su lengua y la de las gentes que le rodean. Todos, en ciertos momentos, somos teóricos del lenguaje, como todos tenemos algo –dicen- de filósofos, poetas y locos. Esta actitud reflexiva de todo hablante ante su lengua es una consecuencia natural del proceso que le lleva a la adquisición de la misma. La lengua no surge de modo natural e instintivo como el funcionamiento de los órganos de la respiración. El lenguaje no es una herencia biológica sino una herencia social. La lengua está ahí, pero tenemos que “aprenderla”. El niño adquiere la lengua observando y reflexionando sobre el modo de expresarse de las gentes que le rodean. La adquisición del lenguaje materno se verifica a través de una serie de pre-lenguas o lenguas provisionales, cada una de las cuales va englobando a la anterior, como las yemas o las flores de las plantas quedan transformadas en los frutos. El complicado sistema en la triple y simultánea manifestación fónica, gramatical y semántica, no puede ser captado en toda su integridad por la psique ni por el oído del niño, del mismo modo que le sucede también al adulto que aprende una lengua extranjera. Partiendo de la nebulosa inicial, de un caos de sonidos y de sentidos, empezará por percibir las oposiciones de máximo contraste, y de acuerdo con esta percepción construirá un sistema simple. Las dos primeras palabras que los niños pronuncian, “papá”, “mamá”, no

¹ Trabajo de Ingreso presentado por el Miembro de Número Ilmo. Sr. D. Jesús Neira Martínez, en la Sesión del Consejo General de 17 de junio de 1968 del I.D.E.A.

son propiamente palabras, no significan ‘padre’ o ‘madre’, sino que significan simplemente la observación del contraste fónico entre consonante y vocal, y la expresión reducida a la forma en la que el contraste es mayor: /p, m/, las consonantes más ‘consonantes’, más cerradas, frente a /a/, la vocal más ‘vocal’, la más perceptible y abierta. A partir de este esquema simple, van surgiendo nuevos sistemas con arreglo al análisis de la experiencia de cada momento.

Las expresiones incorrectas del habla infantil no son en realidad incorrecciones, sino fases de acercamiento al sistema del lenguaje adulto. Todos los niños españoles dirán inicialmente “no sabo” o “la puerta está abrida”. Estas “incorrecciones” nos indican que el niño ha captado ya la forma regular para la formación del presente de indicativo de primera persona y también la de los participios de los perfectos en –er o ír. Al oír *amar-amo, leer-leo, correr-corro..., salir, salido, oír, oído...*, deduce el sistema, y de un modo natural, lógico, inventa crea “sabo” y “abrida”. Las advertencias de que “no se dice sabo” ni abrida” sino “sé” y “abierta”, no anulan el sistema anterior sino que lo amplían, lo complican. En determinados casos –deducirá– el sistema se bifurca, se resuelve en dos normas

El dominio del sistema fónico y gramatical se consigue relativamente pronto. El número de unidades en estos dos campos es bastante reducido y la frecuencia de su empleo fija estas unidades profundamente. Se convierten por tanto en un mecanismo cerrado, automático, invariable. En lo fundamental las gentes hablarán –en la pronunciación, los giros gramaticales– con el lenguaje que aprendieron en los días de la infancia. Queda, en cambio, siempre abierto un campo para la ampliación y para la reducción: es el campo del significado del vocabulario. La renovación incesante del vocabulario es algo que todo hablante percibe. Se siente la novedad de determinados vocablos en el medio que nos rodea, y en nosotros mismos. “Vaya, hay que aprender nuevos vocablos todos los días” podemos oír a un ama de casa cuando tiene que pedir en el comercio un bote de “descafeinado” o lee en el periódico términos como “alunizar” o “relanzamiento”. Pero estos neologismos se acomodan en su sonido o en sus formas gramaticales a los esquemas ya conocidos. El neologismo, “la novedad”, está sólo en el significado; “descafein-ado” o “a-lun-izar” se sienten encajados en la misma clase que “des-camin-ado” o “a-terr-izar”.

La lengua, para ser tal, es decir, un instrumento de comunicación tiene que ser lengua de todos. Nos entendemos porque existe un código, una clave conocida

por todos los hablantes. Pero este código que es la lengua no es exactamente igual a otros códigos, a otros sistemas de signos convencionales. Estos son invariables, perfectamente definidos. Cabe conocerlos, desconocerlos o conocerlos a medias. Pero lo que no cabe es modificarlos individualmente. El código lingüístico, por el contrario, no es rígido. El hablante tiene la posibilidad de modificarlo dentro de ciertos límites, sin que deje por ello de ser comprendido por los demás. Podríamos decir más: no es que tenga la posibilidad de modificarlo, es que, forzosamente, inevitablemente, el uso de la lengua conduce a modificarla, a imprimirle un sello personal. Somos, al hablar, originales de un modo necesario, aunque, como es natural, esta originalidad puede tener muchos grados y valoraciones. Acomodando una conocida frase a lo que nos estamos refiriendo, podríamos decir que el hombre, al hablar “es original, es libre a la fuerza”.

Ahora bien, el hablante se da cuenta de estas originalidades, de estas modificaciones del código. Percibe las peculiaridades sociales, regionales o individuales. Y hace reflexiones sobre ellas. Puede encontrarlas concordes o no concordes con la expresión que él emplearía en esas circunstancias. Es decir, continúa la observación y reflexión sobre la lengua que nació en la infancia con la adquisición de la lengua misma. Estas reflexiones pueden referirse al campo del sonido, de la gramática o del significado. Cuando decimos de alguien que habla “muy alto”, “muy bajo”, “que come las palabras”, “que habla de nariz”... estamos definiendo sus rasgos fónicos. Si decimos de una palabra o de una frase que es ‘fea’, ‘bella’, ‘suave’, ‘extraña’, ‘normal’, ‘pedante’, ‘vulgar’, ‘rebuscada’... estamos caracterizando su habla desde el lado gramatical o del significado. Naturalmente, estas caracterizaciones varían de un medio social a otro, de una persona a otra. Para un profesor de lengua española, el hecho de encontrarse con un alumno que diga o escriba, como algunas veces ha ocurrido, “lengüística” es algo que le escandaliza. Es toda una calificación o descalificación del tal alumno. Es natural: “lengüística” es rechazado por la conciencia de cualquier hablante culto, pero dentro de un ambiente dialectal, entre gentes no cultivadas, es la adaptación normal del cultismo “lingüística”. Y he oído a hablantes dialectales inteligentes justificar en este caso su especial realización: “lingüística” es –dicen- “más feo”, “suena mejor lengüística”. El “disparate” del alumno nos muestra que se mueve habitualmente dentro de otra variedad de lengua, no coincidente siempre con la del castellano correcto.

En cualquier situación, en cualquier ambiente, el hablante conoce perfectamente su lengua. Sabe usarla adecuadamente. Tiene conciencia plena de lo que dice y de lo que los demás dicen. En frases como “no me he expresado bien”, “lo dije a medias”, “me expresaré con claridad”, “no sé como te arreglas, todo lo dices al revés”, está enjuiciando su modo de expresión o **la** de los demás. No obstante, se oye con frecuencia que es difícil dominar una lengua extranjera, que incluso no podemos llegar a dominar nuestra propia lengua materna. ¿En qué se funda esta afirmación? Quizás en la imposibilidad de conocer y usar todas las palabras que nos encontramos en los libros y en los diccionarios. Como es natural, el diccionario trata de reflejar el habla de cada época, pero nunca lo logra de un modo pleno. Allí está lo vivo (no todo) y también lo muerto. En el diccionario, como en la casa de los locos, no están todos los que son ni son todos los que están. Acaso la impresión de no dominar la lengua surja en nosotros al observar la facundia o desparpajo de algunos en contraste con la pobreza o la imprecisión de otros. Hay quienes hablan o escriben con claridad y precisión. Van directamente al grano. Mientras que otros son vacilantes o retorcidos de un modo habitual. Hay que adivinar lo que quieren decir. Y esto, bien porque se lo propongan deliberadamente o porque no pueden hacerlo de otro modo. Pero esto es harina de otro costal. Se debe a causas sin relación directa con el dominio o no dominio del idioma. La lengua, además de ser un código común que hace posible la mutua comprensión entre las gentes, posee, como ya se ha indicado, la peculiaridad de modificarse en cada hablante y en cada situación. Todas las enormes diferencias que separan a las gentes en cuanto a su imaginación, temperamento, inteligencia, se reflejan en su modo de hablar. Y aun dentro de una misma persona, su lenguaje puede ser enérgico, vacilante, torpe, entrecortado,... según los sentimientos que le dominan en aquella circunstancia. Hay situaciones que nos dejan mudos, mientras que otras nos vuelven locuaces. La personalidad humana no es una, sino múltiple. Estas múltiples facetas surgen naturalmente con interacción del hombre y de cada situación y tienen su manifestación más visible en los variados usos que podemos hacer de la lengua de todos. Tendemos a simplificar, a clasificar los seres, de una vez para siempre. Pero, a veces, nos encontramos que las personas son más complicadas de lo que creíamos. Y decimos con sorpresa: “estás desconocido”, “no eres tú”. “hablas como fulano de tal”... ¿Qué ha pasado? Simplemente que han visto nuestra personalidad en otra situación distinta de la habitual. Pero todo esto,

repetimos, es independiente del dominio de la lengua. Dentro de su temperamento, de sus cualidades y de su situación, todo hablante conoce bien su lengua en lo fundamental, en lo que es lengua, código. La conoce teórica y prácticamente. La corrección o incorrección es percibida instantáneamente por todos. El señor que quiso presumir de asturiano parlante, diciendo en una partida de tresillo “dame una fabe”, provocó la unánime carcajada de todos los oyentes. ¿Qué significaba aquella carcajada unánime? Que todos habían percibido el disparate, que todos tenían la clara intuición del funcionamiento del singular-plural en los sustantivos femeninos: -a/-es; casa / cases, vaca / vaques... En estos aspectos que son los que están a nivel de lengua, no hay confusión posible.

Hay, pues, anterior a cualquier tipo de estudio, un conocimiento intuitivo de la estructura de la lengua en todo usuario de la misma. Todas las concepciones de los lingüistas han de partir de esta base, pues el lingüista es, en principio, un hablante como los demás. Y esa intuición primaria del hablante será siempre un punto de referencia del que no conviene alejarse, si no queremos distanciarnos de la misma realidad del lenguaje. Los descubrimientos científicos son con frecuencia un modo de demostrar objetivamente lo que subjetivamente ya había sido percibido por las gentes. Así, como se ha señalado, los delicados y complejos aparatos de la fonética experimental han servido para confirmar el testimonio del oído, el más precioso de todos los instrumentos para observación de una lengua.

Pero no se da sólo en el hablante esta intuición de la lengua que habla. **Las** teorías u opiniones sobre los hechos del lenguaje o sobre la variedad de lenguas surgen espontáneamente de la observación de los hechos. Todo hombre siente la necesidad de dar una respuesta a los interrogantes que la sucesión de los hechos le plantea. Estas teorías no están con frecuencia formuladas de un modo explícito, pero subyacen en su modo de hablar sobre las cosas. Se acostumbra a contraponer el saber científico al vulgar. Sin embargo, la oposición entre ellos no es esencial, sino que constituye más bien una diferencia de grado. El saber llamado “vulgar” procede de un primer grado de observación. En fases más avanzadas el análisis profundiza, descubre nuevos hechos que corrigen la primera teoría, es decir, la primera impresión. Nacen así las teorías “científicas”, que, como es bien sabido, son múltiples, pero nunca lo son para siempre. Ahora bien, esta multiplicidad no implica necesariamente error frente a verdad. Es frecuente enumerar las diversas teorías sobre alguna materia determinada como una sucesión de errores hasta llegar

a la verdad. Mas bien debería procederse de un modo inverso y poner de relieve los sucesivos descubrimientos, la parcela de la realidad que cada teoría ha iluminado.

Uno de los hechos más sorprendentes a una primera observación es la enorme variedad de lenguas. ¿Por qué esta sorpresa? El origen de la misma reside en la naturaleza del simbolismo lingüístico. Tras varios años de aprendizaje, el niño logra la plena asociación de concepto y palabra. Sonido y sentido, significante y significado, pasan a ser sentidos como algo único, como la cara y cruz de la misma moneda. Para la conciencia del hablante, la palabra es, en cierto modo, la cosa misma. El uso continuo de las unidades simbólicas de la lengua las convierte en símbolo natural de los conceptos a que hacen referencia, como el humo es símbolo natural del fuego porque siempre aparecen simultáneamente. No es extraño, pues, que a una primera impresión el hablante encuentre absurdo que algunas gentes no llamen al ‘pan’ “pan” y al ‘vino’ “vino”. Por eso, nuestros emigrantes, en el primer contacto con las lenguas extranjeras, nos dicen que “que allí no hablan, ladran”, y para ellos, efectivamente, aquello no es lengua, sino una sucesión de sonidos que no les asocia nada, ni aquel conjunto es analizable en unidades menores. Como en el ladrido, puede apreciar conjuntamente un espíritu de reproche, de simpatía o de irritación, todo ello deducido por la entonación o los gestos. Pero lo propiamente lingüístico es un caos de sonidos. Más tarde, en este caos se irá haciendo la luz. Intuirá poco a poco la estructura que yace bajo aquella sustancia fónica y terminará captando el simbolismo natural de aquella lengua. Y después de la observación y de la comprensión, también podrá él utilizarlo. Recorrerá un proceso semejante al del niño en el aprendizaje de la lengua materna.

El dominio de la lengua extranjera presenta dificultades derivadas fundamentalmente de los hábitos articulatorios de la lengua propia. Hablar una lengua es organizar de un cierto modo la sustancia fónica y semántica. El captar y organizar otro tipo de organización de estas dos realidades resulta difícil. Las dificultades varían según las condiciones de cada hablante: edad, oído, interés, inteligencia.... Hay gentes que se vuelven ciegas y sordas ante lo nuevo. Otros pueden mantener su espíritu alerta e interesado en lo que ocurre a su alrededor. Todo esto se traducirá en un mayor o menor dominio de la lengua extranjera. Y así, algunos emigrantes adquieren pronto el dominio de lo más elemental. Otros permanecen varios años en el extranjero, pero son incapaces de salir de su lengua. Serán siempre extranjeros. Por eso, cuando les preguntamos: “¿Qué tal por allá?”,

nos dicen con frecuencia: “bien, si no fuera por el habla”. Sí, verdaderamente es una situación de angustia, de limitación trágica. Dentro de nosotros, hay todo un mundo de pensamientos, de ideas que exigen comunicación, pero que son incomunicables. Y en los demás adivinamos también un mundo pleno como el nuestro, pero igualmente sin posibilidades de salir al exterior, de existir para todos, porque no poseemos conjuntamente el código, el símbolo sonoro que hace posible la intercomprensión.

De esta situación enojosa surge con frecuencia una pregunta, que es al mismo tiempo un deseo: “¿por qué no hablaremos todos la misma lengua?” Indudablemente, a primera vista, parece maravilloso poder recorrer el mundo y entenderse con todas las gentes, conocer la diversidad de pueblos y de sus costumbres sin salirse en cierto modo de su propia casa, es decir, de su propia lengua. Pero, después de enunciado este sueño de una lengua única, las gentes perciben, intuyen lo utópico de esta idea. La situación actual es tan divergente, tan remotamente alejada de esta soñada realidad, que se adivina la imposibilidad de que pueda ser de otro modo. Por eso, después de preguntarse “¿por qué no hablaremos todos la misma lengua?”, se oye decir a otro o quizá al mismo: “¡Cómo vamos a hablar igual en todo el mundo, si no hablamos igual dentro de la misma nación!”. Y cada cual pasa revista a su experiencia sobre los diversos modos de hablar en cada región y aun dentro de cada provincia.

Ante la diversidad de lenguas dentro de la misma nación, la actitud de los hablantes es con frecuencia más apasionada. A veces, no es sólo el deseo de que todos hablemos igual, sino el convencimiento de que deberíamos hablar todos la misma lengua. Algunos consideran como un agravio que los catalanes hablen en catalán ante no catalanes. Y si en su mano estuviese, saldría un Real Decreto obligando a todos los españoles a usar exclusivamente el castellano. Nada de catalán, gallego o vasco. Un solo idioma, como hay una sola nación. Como decimos, es éste un problema que apasiona, lo mismo en España que en Bélgica, en el Canadá o en la India. Ejemplos de situaciones tensas, creadas ante la diversidad de lengua y el derecho a usar de las mismas, son frecuentes en el mundo de hoy. Naturalmente no vamos a detenernos en todas las implicaciones del uso de las lenguas regionales, pero sí poner de relieve la incompreensión de un hablante ante otra lengua distinta a la suya aun dentro de la misma nación. ¿Por qué? Es, como hemos dicho, la actitud primaria, sorprenderse de que otras gentes hablen otras

lenguas, de que tengan otro modo de nombrar las cosas distinto del nuestro. Y se puede creer que esta diversidad de lengua es un modo diverso de pensar y de sentir, y que, consecuentemente, ello va contra la unidad nacional. Por eso algunos asocian diversidad de lenguas y separatismo, unidad de lenguas y unidad nacional. Esta idea es, indudablemente, una idea muy simplista. Los hechos no son exactamente así, aunque entre lengua y nación existen ciertas conexiones. De hecho, pocas veces la unidad política coincide con unidad de lengua. Lo frecuente es que dentro de una nación se hablen diversas lenguas. Por otra parte, diversos Estados pueden poseer la misma lengua. Los simplificadores no se dan cuenta de que el hombre no puede cambiar de lengua como de vestido. La lengua va unida a su personalidad, a su modo de sentir y de pensar. Al expresarnos en otra lengua que no es la nuestra, nuestra personalidad queda disminuida, nuestro pensamiento no encuentra cauce adecuado para salir al exterior. Por otra parte, convendría recordar que la diversidad de lenguas dentro de España no es cosa de hoy ni de ayer. El catalán, castellano, gallego, están ahí casi simultáneamente desde los primeros siglos de la Reconquista, y en el caso vasco, desde muchos siglos antes. El hablante, como es lógico, no puede darse cuenta de estos hechos, sino que ve sólo lo enojoso de la situación plurilingüe. Con frecuencia las gentes se enzarzan en discusiones estériles sobre lengua y separatismo, sobre si tal lengua tiene más categoría que la otra, porque es verdaderamente lengua y tal otra es sólo dialecto. Es una situación apasionada, en la que cada cual se atrinchera en sus razones sentimentales o utilitarias. Para que surgiese la luz, habría que poner pasión intelectual, pasión de descubrir la realidad. Pero sí nos muestran cómo al tocar el tema de la lengua se toca algo sensible, íntimo, delicado, algo sobre lo que se asienta la misma persona.

Hay, pues, un hecho evidente. En el mundo, en cada nación se hablan diversas lenguas. Por medio de la lengua, las gentes se comunican. Pero la variedad de lenguas aísla, incomunica. Y este hecho, la diversidad, parece irremediable. Se da en todos los lugares y siempre ha ocurrido así.

Ahora bien, aún dentro de una misma lengua, aún entendiéndose los miembros de una comunidad, nos damos cuenta de que hay particularidades propias de una región, de un grupo humano. No se trata de modalidades transitorias o individuales, sino que son rasgos diferenciadores permanentes de las gentes de un territorio determinado. Estas variedades, cuando están muy acusadas, constituyen lo

que se llama dialectos. Se podría definir el dialecto atendiendo a varios puntos de vista. Pero uno, importante desde la conciencia del que lo habla, sería éste: ser sentido como una variedad de otra lengua, como un modo de hablar descuidado, familiar, incorrecto. Se sabe que existe otro modo de expresarse dentro de la misma lengua. Es el modo propio de las gentes de otros territorios, o el que ellos mismos tratarán de utilizar en determinadas circunstancias.

Las variedades regionales de una lengua no siempre poseen el relieve suficiente para poder ser catalogadas y sentidas como dialectos, pero existen y son claramente percibidas. Son un rasgo definidor del origen del hablante. Se dice con frecuencia que los de un determinado lugar hablan cantando, lo cual indica, como es natural, que su música es distinta de la de los demás. Y se puede discutir dónde se habla el castellano más puro, el más auténtico, como si todos los modos de hablar no fuesen puros y auténticos en quien los usa.

La observación de los diversos modos de hablar dentro de Asturias ofrece un particular interés. La diversidad normal dentro de toda lengua se da aquí, pero en un grado mayor de complejidad. En primer lugar, ¿existe de verdad el bable?, ¿se puede hablar de una lengua o un dialecto asturiano como se habla del gallego, del catalán o del andaluz?, ¿es el asturiano un dialecto del castellano?, ¿es una lengua independiente?, ¿es castellano antiguo, como se oye decir a los que se creen más enterados?. Todas estas preguntas se plantean con cierta frecuencia. Las contestaciones son muy diversas según la intuición o según el grado de cultura del hablante, y de vez en cuando las discusiones salen incluso a las páginas de los periódicos, en la sección de “cartas al director”, lo que demuestra, por lo menos, el interés siempre vivo por los problemas del lenguaje.

No pretendemos ahora descifrar éstos que parecen enigmas, para muchos. No pretendemos hacer tal cosa, porque hace muchos años que todo está ya descifrado por los lingüistas españoles, encabezados por la venerable figura de don Ramón Menéndez Pidal. Sin embargo, es lamentable que estas investigaciones no hayan tenido una difusión más amplia. Deben llegar en lo más fundamental a la enseñanza media y a la primaria, pues las estériles discusiones sobre estos temas indican que son vividos por todos en mayor o menor medida. Nuestro propósito es sólo observar los hechos tal como se dan hoy a nuestra mirada, a nuestro oído, y analizar el sentimiento del hablante ante los hechos de la lengua en sus realizaciones concretas y múltiples.

Las diferencias entre ciertas hablas asturianas es tan grande que no es sorprendente que se pueda tener la impresión de que no se trata de variedades de la misma lengua. Si gentes de lugares apartados de Asturias utilizasen íntegramente su habla propia, la comprensión entre ellos sería difícil. En estas situaciones, se entienden porque utilizan una lengua de compromiso, tomando como base el castellano hasta el punto en que pueden manejarlo. Para un asturiano del oriente, el habla de occidente le parece gallego más que asturiano y esta impresión no es desacertada. El llamado asturiano occidental presenta muchos rasgos fonéticos, léxicos y de entonación concordantes con el gallego.

Para muchos hablantes de las ciudades o villas importantes, el asturiano queda reducido a un número muy limitado de rasgos fonéticos, sintácticos o morfológicos, aunque, curiosamente, puede ocurrir que sean estos hablantes quienes hagan ostentación de un asturianismo lingüístico, incluso fuera de Asturias. Las aparentes deformaciones que en su boca sufre el castellano no impide que sean comprendidos por las personas que hablan castellano correcto. El asturiano, tal como es realizado en estos hablantes, se ha convertido para ellos y para sus oyentes, en un verdadero dialecto del castellano, como puede serlo el castellano hablado por muchos catalanes o gallegos. Atendiendo a un criterio histórico, un dialecto es una lengua procedente de otra. El asturiano no es históricamente un dialecto del castellano ni es tampoco castellano antiguo. Sí presenta rasgos coincidentes con el antiguo castellano, como puede presentarlos con otras lenguas romances. Las hablas asturianas, como las castellanas, gallegas o catalanas, proceden, como es bien sabido, del latín hablado en estas zonas. No obstante, la presión del castellano a lo largo de muchos siglos pudo impedir que determinadas hablas adquiriesen rasgos propios. Particularidades castellanas en el léxico, morfología o fonética fueron penetrando en ellas. De este modo, como acabamos de decir, han pasado a ser sentidas como variedades del castellano en la conciencia lingüística de los hablantes, aunque no lo fueran originariamente.

Esta especial situación de las hablas asturianas, su diversidad, sus interferencias con el castellano o el gallego, crea confusiones en la mente del hablante, cuando trata de interpretar los hechos. El habla de las villas o ciudades no se siente con la individualidad suficiente para ser considerada como lengua o dialecto. ¿Cuál es el asturiano puro, el auténtico?. A pesar de todo, se intuye a través de tan varias manifestaciones de hablas, que existe un sistema típicamente

asturiano. De aquí, el que con frecuencia se oiga decir que el bable puro es el de tal lugar o el de tal otro. O que éste no es bable auténtico, sino gallego o castellano asturianizado. Estas opiniones varían diametralmente según el lugar originario del hablante. En principio el bable auténtico es para cada uno el suyo y, en cierto sentido, tienen razón. Es auténtico al menos para él, si es su modo habitual de expresarse. Pero otras causas de confusión se añaden a éstas. Las hablas asturianas con más personalidad, con más rasgos diferenciadores, son las de las zonas apartadas. En las aldeas más remotas es donde mejor puede tenerse la impresión de que aquello no es castellano. Pero estas hablas no tienen prestigio fuera del círculo local. En las villas o en otras aldeas no sienten las modalidades aquellas como más auténticas, como asturiano más puro. Dicen simplemente que “hablan muy mal”, o que el suyo es un asturiano “muy cerrado”. ¿Qué nos indica esta diversidad de opiniones? Que no existe efectivamente una modalidad asturiana que haya sido considerada por los hablantes como la norma de corrección. Faltó un centro uniformador de las múltiples variedades de nuestros valles. Cada valle, cada municipio, constituyó un grupo humano. Dentro de él se moldeó la lengua, adquirió rasgos propios. Y éstos se transmitieron de unos hablantes a otros, sin dejarse influir o siendo muy poco influidos por las hablas de otras zonas limítrofes. ¿Por qué? Porque ninguna de ellas tenía un prestigio suficiente para imponerse a las demás, porque las gentes podían vivir y morir sin salir de su terruño. Y como no precisaban salir de su casa, no sentían necesidad de salir de su lengua. Esta era, por otra parte, un modo de afirmar su personalidad, de sentirse como miembros de una familia un poco grande, que era la familia de los hombres de su valle, de los que tenían un modo especial de nombrar las cosas. Este nombre especial tenía su sabor, su intimidad, su encanto, aunque las gentes de otros valles se burlasen de ellos. Pero ellos respondían con la misma moneda. Y también encontraba cómicas ciertas expresiones de los demás, también el habla de los otros podía ser objeto de burla.

Le falta además al asturiano, para adquirir la consistencia de lengua, la presencia de una literatura. La literatura no crea la norma de hablar, sino que la refleja, pero en este reflejo escrito la lengua parece que adquiere consistencia. La letra refleja la palabra, pero al mismo tiempo le da más relieve, la hace más perceptible en la multiplicidad de sus relaciones. Además de audible, la hace visible. Se podría decir que el pensamiento, para adquirir cuerpo, para tener consistencia, necesita ser formulado en palabras. Algo semejante sucede con la

lengua escrita en relación a la lengua hablada. La norma, el sistema que se desprende del hablar, se pone de manifiesto al plasmarlo conjuntamente, globalmente, en un texto. Las incorrecciones, las discordancias, pueden pasar desapercibidas en el lenguaje oral, pero destacan en el escrito. Allí se impone de un modo más evidente el sistema de lengua, de aquí el que nos veamos forzados con frecuencia a tachar, a corregir, a rehacer lo escrito. La visión de conjunto nos hace ver mejor la coherencia o incoherencia gramatical o del pensamiento. Por eso el lenguaje escrito es un modelo, una norma, un punto de referencia a que atenerse. Así, de un modo indirecto, la literatura ha contribuido siempre a fijar la lengua, a contener el proceso normal de fragmentación que el hablar lleva necesariamente consigo. El asturiano no tuvo literatura y con ello quedó franca la puerta para la fragmentación dialectal de las pequeñas agrupaciones humanas de nuestros valles. Cuando se intentó, fue demasiado tarde porque las hablas asturianas estaban profundamente alejadas unas de otras. ¿A qué norma habría de atenerse el babilista? A veces, infortunadamente, se ha pretendido escribir en bable, como si hubiese un bable único, mezclando sistemas lingüísticos totalmente opuestos; otras, pretendiendo traducir al bable todo lo que pudiese sonar a castellano, cuando se hacía bable desde las villas o ciudades. Por eso, tanta poesía asturiana en un bable que nunca se “fabló” ni se “fabla” en ningún lugar. El lenguaje escrito no es, a nivel de lengua, de sistema, algo distinto del hablado. Sustancialmente es el mismo. El mejor escritor desde el punto de vista de la lengua, el más correcto, no es el que inventa la norma, puesto que la norma no se inventa. Ya está ahí. El buen escritor, del que después decimos que establece la norma de corrección, es el que mejor supo intuir lo que en cada momento era sentido como correcto. Por eso es el que menos se pasa de moda.

No existe, dijimos, un bable auténtico, sino muchos bables, y todos son auténticos cuando se hablan. Lo que no es auténtico es el bable inventado por los escritores. El escritor puede inventar la fábula, la trama, puede escribir con estilos muy diversos, como las personas pueden expresarse oralmente de los modos más variados, pero lo que no puede es inventar el sistema de lengua. Esta, aunque es creada por los hablantes en el habla concreta, no puede ser modificada por una decisión individual. Y si las gentes de un determinado lugar llaman al ‘río’ “río” o a las ‘vacas’ “vacas” no podemos conmutar estas palabras por “ríu” o “vaques”,

porque nos parezcan como más asturianas. No, tan asturianas son unas como las otras.

La lengua, a cierto nivel, en su estrato más profundo y común, es sentida por los hablantes, por cada hablante, como algo único, inmodificable, porque para él, por el uso continuado, por la asociación automática de la palabra y el concepto, el signo lingüístico es sentido como símbolo natural de las cosas a que se refieren. Cambiar continuamente el sistema de lengua sería cambiar de símbolos, de instrumentos, de mecanismos para expresarse. Sería no poder hablar, porque no se conseguiría el automatismo necesario para lograrlo. En el automatismo del hablar, las unidades lingüísticas quedan desposeídas de gran parte de sus rasgos distintivos. Gracias al vaciamiento parcial de su contenido, quedan aptas para funcionar como unidades móviles, como puntos ligeros de apoyo para la expresión del pensamiento. La inestabilidad de la base haría imposible la palabra en el discurso. De aquí procede sin duda la causa fundamental de la burla ante quien habla de un modo distinto al nuestro. La lengua es única para el que la habla. La forma distinta de la nuestra es incorrecta. Se ha equivocado el hablante. Debería utilizar otro modo de expresarse: el nuestro. En este sentido, el pensamiento del hablante coincide con el del gramático. La gramática normativa, la de la Real Academia, intenta ser el organismo supremo que dictamina sobre lo que es correcto o lo que no lo es. En cierto modo, podemos decir que, inevitablemente, todos somos académicos, todos juzgamos acerca de los hechos de lengua. En este concierto del hablar, todos tenemos voz y voto. Aquí voz y voto son solidarios. No se puede dar la una sin el otro. El hablar de cierto modo es votar *sí* a esto y no a todo lo demás. La voz de la Academia no pretende ser más que la voz resultante del escrutinio de los votos de todos los hablantes de una comunidad.

En suma, la burla supone que los hablantes utilizan la misma lengua (ante una lengua extraña, no habría burla), pero que algunos se expresan de un modo correcto; otros, por el contrario, lo hacen de un modo defectuoso, aunque comprensible para los demás. Y así podemos oír diálogos como éste:

- Dame una “espirina”
- Querrás decir una “aspirina”
- Bueno, “ye igual”. Tú *entendísteme*.

Decíamos que la norma de corrección para cada hablante es una y solamente una. Ahora deberemos corregir la afirmación anterior y precisar: es una para cada situación. Las normas de corrección se sienten diversas según las situaciones. Todos nos damos cuenta de que expresiones ‘normales’ en la conversación, disuenan, suenan como ‘impropias’ de un escrito, aunque éste sea una simple carta. Y al revés: giros que no nos sorprenden en un libro, en la conversación pueden parecer ‘pedantes’ o ‘ultracorrectos’. En un acto académico no suele usarse el mismo lenguaje que en la tertulia del café. Podríamos decir que las unidades lingüísticas presentan variantes situacionales, como se habla de variantes contextuales o estilísticas. Esto es normal en cualquier comunidad lingüística. En Asturias esto ocurre, pero de un modo especial. Un hablante puede usar, como variantes situacionales, normas propias de sistemas lingüísticos distintos, es decir, pasa, según el ambiente, de un sistema a otro. El castellano es la variante ‘normal’ en el lenguaje escrito, en los actos solemnes, en la enseñanza, desde la escuela a la universidad. Dentro del recinto académico –escuela, instituto, universidad- resulta “risible” lo mismo para el profesor que para el alumno oír “gatu”, “trabayar”, “folgazán” o “cases”. Pero puede ocurrir que los mismos que se reirían al oír esto en la clase, lo digan habitualmente en la calle, y encuentren ‘afectado’ oír a gentes amigas que en esta situación dijeren “gato”, “casas”... El hablante puede incluso llegar a utilizar tres tipos de variantes situacionales, correspondientes a tres sistemas lingüísticos opuestos. Junto al habla de la aldea, puede ser utilizable el de la villa próxima o el castellano. El sistema de la aldea sólo tiene vigencia plena en la misma aldea o conversando con los convecinos. Fuera de ella, el paisano comprende que debe intentar cambiar de norma. De este modo, logra dos cosas al mismo tiempo: los demás comprenden mejor lo que quiere decir, y no tienen motivo para reírse de él. Siente entonces cierto orgullo de sí mismo. “Hablo así, pero puedo hablar de este otro modo”. El dominio de varios medios de comunicación, aunque sea en este grado mínimo, le produce cierta satisfacción. Otros, quizás los más torpes, no tendrán esta capacidad de adaptarse a los variados sistemas lingüísticos. Precisamente desde esta situación de dominio de dos o más sistemas, puede utilizar sus dialectalismos de un modo intencionado, subrayándolos fonéticamente. Entonces los demás perciben que el giro dialectal está usado libérrimamente, para producir un efecto determinado. No provoca la risa, porque la expresión no es automática. El término discordante en aquel sistema de

lengua fue introducido de un modo deliberado, sintiéndolo el mismo hablante extraño, pero precisamente por ello lleno de expresividad, en la plenitud de sus rasgos distintivos. De aquí proviene en parte la expresividad de los dialectalismos, a lo menos en los momentos iniciales de su incorporación a la lengua culta.

Estos tres sistemas posibles poseen, como se sabe, muchos rasgos comunes. Este sentimiento de comunidad es lo que determina precisamente su paso de sistema propio a variante situacional de un único sistema. El habla de la villa o de la aldea pueden coincidir entre sí, o ambos con el castellano. La posible coincidencia de las formas del bable local con el castellano frente al de la villa o de la ciudad es algo desconcertante para la conciencia lingüística de estos últimos. Para el vecino de Mieres, Pola de Lena o Moreda que en el lenguaje coloquial dice “cases” y/ o “vaques”, resulta sorprendente el que los del Alto Aller o de Lena de Arriba digan con toda naturalidad “casas”, “vacas”. ¿Por qué esta sorpresa? Para los habitantes de estas villas, las gentes de las aldeas del Alto Aller o Lena hablan “muy mal”, es decir, hablan de un modo distinto al suyo, están más alejados de la norma castellana. Así dicen habitualmente “caldiru”, “esfochar”, en vez de “calderu” o “esfollar” como ellos dirían en situaciones semejantes o “caldero” o “desollar” en un ambiente académico. ¿Como se explica entonces este “casas” o “vacas”? Estas expresiones las admiten en un castellano, pero en el paisano de una remota aldea les suena ‘extraño’, ‘afectado’ Y no dan con una explicación que les satisfaga. Y la sorpresa aumenta en expresiones como “alpargatas ferrás”. Aquí, dentro de la misma unidad sintáctica sustantivo más adjetivo, choca para su sentimiento lingüístico el castellanismo “alpargatas” con el extraño dialectalismo “ferrás”. Y piensan, aunque no sientan en su afirmación mucha seguridad, que quizás se trate de un propósito de hablar “fino” o de influjo del habla de los castellanos ya que se trata de zonas más próximas a León.

Para el que dice “casas” y “vacas”, la sorpresa es la sorpresa de los demás. No hay, naturalmente, en él ninguna intención de ‘finura’. Es su forma normal de expresarse en estos casos. No sabe encontrar ninguna justificación de su modo de hablar, ya que, como sabemos, la lengua es para el que la usa un símbolo natural de los conceptos a que se refieren. La terminación /-as/ no es en estos casos un influjo castellano, puesto que lo usa en el lenguaje coloquial. La Causa de su perduración, aun fuera de su ambiente lingüístico, es otra. /-as/ no es sólo una secuencia de sonido. Es un signo de los plurales femeninos. La oposición –a / -as, casa / casas,

vaca / vacas... está sólidamente arraigada en sus hábitos lingüísticos, ya que es una oposición de gran frecuencia. Por otro lado, coincide con el castellano y con la de todos los hablantes asturianos en circunstancias especiales. No es extraño por ello que las gentes del oriente, del occidente o de la zona montañosa del centro, aun fuera de su terruño, en Oviedo, Gijón, Mieres, continúen diciendo “casas” o “vacas”. Si el hablante necesitase dar razones de su sistema lingüístico, podría decir en los ejemplos citados que su expresión era más lógica: en casa / casas, sólo hay variación de número, indicado del modo más simple por la presencia o ausencia de /-s/. El que dice casa/cases, cambia además la -a en -e, sin justificación, puesto que la palabra no ha cambiado de género. Pero estos razonamientos serían ociosos. El sistema de lengua no es una creación del individuo, es algo que recibe de la sociedad en que vive, como instrumento natural de comunicación. Y, por otra parte, en la lengua no hay más lógica que la deducida del propio uso lingüístico. Todos los modos de expresión son lógicos, si de verdad son usados por los hablantes.

Las variedades de una lengua pueden ser sentidas por sus hablantes en relación de desigualdad. Una de ellas es considerada la más prestigiosa. Esta será la utilizada para la comunicación entre hablantes de distintas procedencias lingüísticas. Tal es el caso, como hemos visto, del castellano ante las hablas asturianas. Y dentro de éstas, a su vez, el habla de la villa o de la ciudad se imponía de un modo natural al de la aldea. Pero no siempre ocurre así. Las hablas pueden ser sentidas al mismo nivel. Ningún hablante considera su modalidad como inferior con relación a la de otra aldea o lugar próximo, aunque sí respecto al castellano. Entonces se reprochan mutuamente sus peculiaridades lingüísticas. Intentan poner de relieve lo ilógico del sistema de lengua de los otros. Así para los de Nava resulta ‘raro’ que sus vecinos del concejo de Piloña digan “voy al ríu” o “fai fríu”, en vez de “voy al río” o “fai frío” tal como ellos dicen. La /-u/ final en tales casos les suena como un asturiano demasiado “cerrado”. “No sabéis hablar”, les dicen. Pero el hablante piloñés se defiende mostrando la inconsecuencia del sistema de Nava: “¿Por qué os reís de mí cuando digo *fai fríu*, si vosotros también decís *tengo el pie fríu*?” Aquello sí que es raro: la misma palabra, unas veces “frío” y otras “fríu”. Al razonar de este modo, el hablante percibe nítidamente que en todo sistema de lengua tiene que haber estabilidad. En este caso él no acierta a verla. El de Nava tampoco puede dar ninguna explicación de sus usos contradictorios, porque para él, como para todos, la razón es el uso mismo.

De lo que venimos diciendo se deduce que el “hablar bien” o “hablar mal” son conceptos relativos. El prestigio o desprestigio de una lengua o de un dialecto depende de circunstancias históricas o culturales. Son, en definitiva, causas externas. Desde un punto de vista estrictamente lingüístico, todas las variedades de lengua están al mismo nivel. No caben calificativos comparativos como “peor”, “mejor”. En todas las variedades se habla bien, si se conoce y se maneja adecuadamente el sistema. A través de todas se logra la comunicación del mensaje entre los hablantes. Las denominaciones de “lengua” y “dialecto” se contraponen en el lenguaje corriente, como lenguas en distintos planos de prestigio. Y, efectivamente, esta jerarquía puede ser sentida por el hablante. Pero en lo esencial no existe diferencia alguna entre lo que se llama lengua y dialecto. Una lengua puede poseer literatura o no tenerla, presentarse relativamente uniforme o estar muy fragmentada, ser lengua oficial o no serlo. Pero todo esto es externo, circunstancial. Si las circunstancias cambian, el dialecto de una comarca puede extenderse a otras, tener cultivo literario, ser lengua oficial.

El hablante tiene conciencia de su lengua y de las lenguas o variedades de lenguas de los demás. Ahora bien, la percepción de las diversas normas, cuando éstas coexisten en la misma zona o incluso alternan dentro del mismo hablante, no siempre es clara en su mente. Se producen a menudo interferencias entre los sistemas en contacto, que pueden originar el cambio de una lengua en su misma base. Los grandes saltos en la evolución de las lenguas se han producido precisamente en estas especiales condiciones. El paso de unidades de una lengua a otra se inicia en el vocabulario. La incorporación de una palabra de otra lengua es algo normal y muy frecuente. El vocabulario, como se sabe, es el campo donde la renovación de la lengua es más visible. Los nuevos conceptos y las cosas nuevas, requieren la palabra correspondiente. Si este concepto, si este objeto nuevo procede de gentes de otras hablas, es natural que de ellos proceda la palabra. Pero la incorporación de nuevos vocablos no comporta necesariamente el cambio del sistema. Lo frecuente es que el término en principio extraño se adapte al sistema fonético o morfológico propio. Pero estas adaptaciones de que hablan los lingüistas son sentidas por los hablantes de otros sistemas como “deformaciones” o barbarismos. Las alteraciones pueden hacer creer que las hablas populares son caóticas, que no existe en ellas norma fija. “no sé cómo se arreglan estas gentes, todo lo dicen al revés”, opinan algunos. A veces resulta difícil explicarse las

adaptaciones, porque unas veces parecen dirigidas en un sentido y otras en el contrario. Unas veces se añade una consonante inicial, y “examen” pasa a “desamen”; otras, por el contrario, se elimina, y así “destrozar” se convierte en “estrozar”. Las palabras esdrújulas pueden hacerse llanas, como “cáritas” “que se transforma en “caritas”, pero otras veces ocurre lo contrario y “mendigo” o “perito” se convierten en “méndigo” o “périto”. Y así podríamos citar un sinnúmero de estas llamadas “deformaciones”. La palabra puede ser aceptada tal como en la lengua culta, o bien modificar el vocalismo, el consonantismo o la acentuación. La explicación de estas alteraciones no siempre es fácil, pero sabemos que la causa fundamental es siempre la misma: la integración del vocablo extraño dentro del sistema habitual del hablante. La secuencia de los sonidos va asociada con sus significados correspondientes. El hablante tiene en su mente de un modo global la idea que quiere comunicar. Pero la expresión de la misma ha de ser lineal, sucesiva. El oyente recorre el proceso inverso: ha de esperar el fin de la secuencia de sonidos para deducir luego globalmente, de memoria, el sentido total. En esta especie de reconstrucción instantánea de la frase, la primacía es la del sentido con la apoyatura mínima de los sonidos que hace este sentido posible. Y así “perito” es integrado en el campo semántico de “físico”, “químico”, “médico”, “técnico”, todos esdrújulos muy frecuentes. La acentuación llana “perito”, encajaría la palabra en el campo de los diminutivos. “Cáritas”, por el contrario, no se sentirá asociado a otro grupo de palabras. Lo normal es pues, incluirla, sentirla en el grupo de palabras con acentuación llana, que son las más frecuentes. Con la nueva acentuación “caritas” o “carites” parece como si se pudiese de relieve un diminutivo latente en la palabra – itas, como “monjitas”, “pobrecitas”, no totalmente desligada quizás en la del hablante con la significación o misión de estas organizaciones. Podríamos de este modo ir razonando las posibles causas de todas las alteraciones.

La modificación de los sonidos nunca está totalmente desligada del sentido. Esto se ve de un modo muy evidente en casos como “San Frailán” en lugar de “San Froilán” o de “ferrotería” por “ferretería”. La asociación semántica con “fraile” o con “fierro”, “ferrar”, “ferraor”... es la causa de la deformación, o mejor podríamos decir, de la falsa audición. La audición, como antes señalábamos, es una reconstrucción a partir del final de la secuencia fónica. De modo que podríamos decir que estos hablantes no “deforman” “cáritas” en “caritas”, “ferretería” en

“ferrotería”, sino que realmente lo perciben así, lo reconstruyen de este modo, a base de los datos recordados.

Con esto queremos volver a una idea a la que ya se hizo alusión anteriormente. Los signos lingüísticos son, vistos desde fuera del hablante, arbitrarios, convencionales. El ‘pan’ podría llamarse “vino”, y el ‘vino’ “pan”. Pero desde el interior de la lengua, desde la conciencia del hablante, las cosas ocurren de otro modo. La palabra se ha convertido por efecto del automatismo del uso, por la asociación de concepto y sonido, en símbolo natural de las cosas a que se refiere. Ahora bien, la palabra nueva, la que surge aquí y ahora, no debe ser arbitraria, debe tener una relación con el concepto que representa. Por eso “San Froilán” pasa a ser “San Frailán”, o “ferretería” a “ferrotería”, como “maquinista”, “motorista” o “alunizar” son palabras nuevas pero en relación natural con “máquina”, “motor” o “luna”. Por esta motivación natural, la palabra recién creada está plena de significado, posee la expresividad máxima, lo mismo sea una formación dentro de la propia lengua bien sea tomada de un idioma ajeno. El hablante fija su atención en ella, la ve, podemos decir, rodeada de un nimbo especial. Más tarde, el uso en el mecanismo de la frase al lado de las demás, la hará aligerarse de significado. Tendrá el soporte mínimo para componer con ella unidades más amplias de significación. Y este valor pleno, etimológico, que originariamente tuvo, puede desaparecer. Pero, al perder la motivación inicial, se ha transmutado en signo natural del concepto.

Este proceso es observable lo mismo en la lengua de hoy que en la de otras épocas. Siempre se produce el paso de lo consciente a lo inconsciente, de lo motivado a lo inmotivado o natural. Podemos hablar, y con ello pensar, gracias a que no necesitamos pensar en el significado de cada palabra, como podemos correr porque no necesitamos pensar en los movimientos de la marcha. Si tuviésemos que pensar en cada palabra, éstas no podrían fluir de nuestra boca. Nos ocurriría como le ocurrió al ciempiés, que se quedó inmóvil, cuando reflexionó en cómo se las arreglaba para mover simultáneamente los cien pies.

Este aligeramiento semántico de la palabra en vista a su uso en el automatismo del hablar va acompañado con frecuencia de un paralelo aligeramiento en el campo fónico. Las palabras más usadas suelen ser al mismo tiempo las de menor cuerpo fonético. En otras ocasiones la reducción de significado en la mente del hablante se manifiesta en un distinto silabeo. En el “marchar-é” o “nos-otros”

del castellano medieval estaban presentes dos unidades de significado en el hablante. Al dejar de percibirse estas dos unidades, se pasó al silabeo mar-cha-ré. En la nueva realización, la posible separación por sílabas no corresponde ya a distinción de signos lingüísticos. La sílaba es, como el fonema, una unidad de una sola cara, vacía de significado.

Los topónimos no están fuera del proceso propio de todas las palabras de una lengua. Inicialmente fueron signos motivados. “Castañera” o “La Viña” muestran bien claro su origen, aunque actualmente no haya en estos lugares ni castaños ni vides. El nombre de un río, de un monte, de un pueblo está sin duda menos sujeto a cambio que otras palabras de la lengua. Se convierte pronto en símbolo natural del “topos”. Queda en cierto modo, desconectado, del sistema de lengua. Por eso la toponimia es un precioso auxiliar para reconstruir la prehistoria lingüística de una región. Aquellas remotas lenguas se han perdido. Pero, aquí también, parece que siempre “queda alguien para contarlo”. No obstante, también los topónimos pueden estar metidos dentro de la marcha, del fluir incesante del habla. También ellos pueden presentar variantes de realización según el tipo de norma que en cada momento se emplee. La alteración del nombre de un monte o de un río no es, como suele creerse, algo arbitrario del autor de un mapa o de un nomenclátor. Este no hace más que reflejar lo que los hablantes consideraron en aquella situación la norma apropiada. “Villallana” puede pronunciarse por sus propios habitantes como “Vichayana” o “Villayana” . (Pero nadie realiza las dos elles. “Villallana” es probablemente una modernización de la ortografía por interpretarlo como ‘villa’ más ‘llana’, aunque, como suele oírse, no es ni ‘villa’ ni ‘llana’).

Citemos otro caso referente a la toponimia. Con motivo de la instalación en Asturias de la emisora de televisión, se habló con frecuencia en los periódicos de “cuitu negru” o “cuitu negro”. Este cerro, situado cerca de Pajares se denomina en el habla de Lena “cuitu nigru”. Las otras dos expresiones citadas pueden parecernos inconsecuentes. Debería decirse, según la norma de la lengua utilizada “cueto negro” en castellano, o “cuetu negro” si se utiliza el bable central. Así se lo indiqué a Robustiello, corresponsal de “La Nueva España” en Pola de Lena. Y desde entonces, en sus crónicas, siempre que mencionase este picacho (las menciones serían frecuentes, pues eran proporcionales a las averías) lo haría siempre en la norma correcta en el habla de Lena: “cuitu nigru”. Pero fue inútil. En la imprenta,

creían que se trataba de una errata. Y volvían de nuevo a las dos variantes acostumbradas: “cuitu negru o cuitu negro”. ¿Por qué? “Nigru era sentido como una variante muy local, muy “cerrada” de la variante central más generalizada “negru”, y ésta a su vez, en relación clara con el castellano “negro”. Se empleaba una u otra según que la intención fuese un habla coloquial o bien de los libros. “Cuitu” por el contrario no tiene en la mayoría de los hablantes una variante castellana. No existe para ellos “cueto” ni “cuetu” como nombre común. En su conciencia de hablante, bien desde la norma castellana, bien desde el asturiano central no había ninguna incongruencia al decir “cuitu negro” o “negru”. “Cuitu” es, para ellos, un nombre propio, y por ello sin variación, un símbolo natural de un lugar determinado. En resumen, eran los hablantes, desde sus respectivos sistemas, los que tenían razón. Siempre tienen razón, una razón lingüística para hablar como hablan.

Los diversos modos de expresarse son, por lo tanto, coherentes dentro de cada sistema de lengua, pero incomprensibles en principio para el que habla desde otro sistema, para el que se mueve desde otra base. Podríamos ahora, para poner punto final a estas reflexiones sobre la lengua y sus variedades, tratar de explicarnos esta misma variedad. Partiremos para ello de la primera impresión del hablante ante un idioma desconocido. Lo incómodo de esta situación le lleva a pensar en la conveniencia de una lengua universal. Pero la consideración de la diversidad de lenguas y dialectos en el mundo a juzgar por lo que él conoce, le lleva a la intuición de que esta lengua única es totalmente imposible. Aun partiendo de ella, se llegaría de nuevo a la torre de Babel, a esta torre de Babel que ha sido el lenguaje humano en todas las épocas. El hecho de que las cosas hayan ocurrido en este terreno de un modo semejante en todo tiempo y lugar parece hablarnos de una causa muy honda, de una razón que está en la base misma sobre la que se asienta el lenguaje .

El lenguaje es primordial y fundamentalmente comunicación. Hablar es hablar con alguien, es transmitir un mensaje. El mensaje hace referencia a un contenido y al mismo tiempo informa sobre quien lo transmite. El que habla, directa o indirectamente, habla de sí mismo. Decir algo, por mucha objetividad que se busque, es expresar nuestro parecer sobre alguna cosa. En todo acto de comunicación oral están siempre presentes dos tendencias opuestas: una hacia la unidad, para que la comprensión sea posible, y otra hacia la diversidad para reflejar

lo individual de cada hablante. Nos entendemos porque hablamos el mismo lenguaje. Lengua, propiamente, es lengua social, no individual. Para que mi mensaje llegue a los otros, nuestros modos de expresión individual tienen que tener muchos puntos de coincidencia. Ahora bien, lo que llamamos lengua social, es una abstracción. Lo que de verdad existe es el hablar concreto de cada hablante en un determinado momento. Este hablar concreto e individual no coincide exactamente de unos a otros. Ni los sonidos son realizados del mismo modo ni las combinaciones y significados de las palabras coinciden. El entender lo que lo demás dicen es, en cierto modo, adivinarlo. Las palabras no transmiten directamente el pensamiento. Nos colocan en la situación límite. La comprensión última es siempre una intuición, un salto. Todos –hablantes, oyentes- perciben con claridad esta situación, este modo especial de transmisión. En frases como “no sé si sabré decirlo”, “intentaré expresarme mejor”, se advierte la conciencia de la dificultad intrínseca de comunicarse sin error. Y en el oyente, el “ahora caigo”, “creo que he comprendido”, “no acabo de caer en la cuenta”, manifiestan el que ya se ha saltado a la intuición o que se cree estar aun más o menos lejos de ella.

Estas dificultades de comprender el mensaje oral no implican imperfección del sistema empleado. Es una consecuencia natural de la adaptación a las necesidades de cada momento. El contenido de los mensajes posibles es infinito. La forma de la expresión se plegará a estos diversos contenidos. Será así imagen más fiel de los mismos. Cada persona es un mundo, o también el mundo gira alrededor de cada persona. Las vivencias individuales son únicas. No hay coincidencia absoluta con las de los otros. Es natural, pues, que al formular en palabras sus sentimientos, sus ideas, éstas tomen en cierto modo un perfil original. La dificultad de comprender a los demás puede proceder de que nos encontramos habitualmente en mundos diversos: dedicaciones, gustos, creencias, cultura, intereses... A veces, se produce en los hablantes el sentimiento de la imposibilidad de comunicación, aun dentro de la misma lengua. “¿Para qué vamos a discutir?”, “nunca nos entenderemos porque hablamos distintos lenguajes”, es decir, pensamos o sentimos de un modo totalmente divergente. En ocasiones, todos nos damos cuenta que la mejor respuesta puede ser el silencio, como aconseja el refrán “a palabras necias, oídos sordos”, o como dice Angel González:

*y sonrío y me callo, porque, en último extremo,
uno tiene conciencia*

de la inutilidad de todas las palabras.

Estas situaciones límites en las que se llega al silencio no son realmente ejemplos de incomprensión, sino más bien de comprensión plena de haber llegado a posiciones irreductibles. Hemos comprendido perfectamente, demasiado. No queda ya ninguna duda. A través de las palabras, llegamos al pensamiento de los demás. Como nuestros mundos son distintos, todos hemos de avanzar hacia los demás para que se produzca la comprensión. Nuestras palabras llegan a todos, quedan multiplicadas por el número de oyentes, pero no llega del mismo modo su sentido. Por eso nos vemos obligados con frecuencia a reformular nuestros pensamientos, a hacer una especie de una traducción dentro de la propia lengua. Todo ello para que todos comprendan, para que todos salten al sentido. En el texto, en el discurso, siempre hay de más y de menos. El lector u oyente reconstruye con algunos datos el pensamiento que está debajo de ellos. Los elementos significativos para esta interpretación pueden ser tanto lo que se dice como lo que no se dice. Por eso, hay “silencios elocuentes” y se “lee entre líneas”. El hablante tiene conciencia clara del entramado de silencios reveladores en frases como “he leído atentamente lo que dices, lo que no dices y lo que quieres decir”.

Gracias a esta fluidez de la lengua para adaptarse a las necesidades de cada situación, podemos llegar a intuir con rigor el mensaje de cada momento. Ahora bien, la lengua individual es también una y variada. El individuo puede expresarse de modos diversos. Pero hay ciertas particularidades que se repiten, que pasan a ser automáticas, inmóviles. Son rasgos de estilo personal. Este estilo, estas modalidades individuales permanentes se dan en todos los campos de la lengua, en el fónico, en el gramatical o el semántico. Hay pronunciaciones defectuosas que una persona usará toda su vida, como puede usar con más frecuencia determinadas palabras o giros sintácticos.

Esta capacidad de la lengua de adaptarse a cada situación puede observarse en el círculo familiar, regional o nacional. Todos los miembros que componen una sociedad, sea grande o reducida, viven en cierto modo una situación única. Por eso, de un modo inevitable, el lenguaje reflejará ese ambiente especial. Y si observásemos las hablas de las familias de una pequeña aldea, podríamos descubrir rasgos peculiares de cada una. Estas peculiaridades no dejan de ser percibidas por lo demás hablantes. Y lo mismo ocurre naturalmente en el marco más amplio de

una provincia o de una nación. La relación entre las gentes, el modo de vida común tiende de un modo inevitable a uniformar sus lenguas. Y uniformarse dentro de un grupo humano es acentuar sus diferencias con relación a otros. La variedad de lenguas es por ello tan natural como la variedad de estructuras sociales. Los cambios sociales y culturales traen consigo los cambios lingüísticos. El nuevo modo de vivir, de pensar, de imaginar, queda reflejado en la lengua. Por eso todas las grandes culturas históricas van unidas a una lengua propia.

La multiplicidad de lenguas es una consecuencia de la multiplicidad de situaciones en que el hombre se ha encontrado. Ahora bien, desde cada situación ha descubierto nuevos mundos mentales y materiales, ha podido profundizar en lo humano en cierta dirección. Estos descubrimientos, que sólo fueron posibles desde aquellas especialísimas circunstancias, han quedado fijados para siempre gracias a su lengua. Y a través de ella pueden llegar al conocimiento de quienes vivieron en otras circunstancias y se expresaron por ello en otro idioma. Las lenguas pueden relacionarse entre sí, bien a través de sus hablantes, bien a través de las traducciones. Esta comunicación trae consigo un enriquecimiento mutuo. La capacidad intelectual de una persona se agranda al relacionarse con los demás. Las posibilidades en él latentes pueden volverse realidad ante los estímulos externos. Del mismo modo, una lengua puede incorporar a través de los préstamos lo que se vivió originariamente desde otra situación humana. Una lengua sin capacidad de asimilar los términos de otra se transformaría en una lengua subdesarrollada, insuficiente como instrumento de comunicación para el hombre de hoy. Las lenguas que han descendido en la consideración del hablante a dialectos son lenguas que se aislaron. Su campo semántico no se ha ampliado con lo que los hombres de todas las latitudes han ido pensando y formulando en palabras.

La interpenetración de las lenguas se logra también con las traducciones. Se ha discutido la posibilidad o imposibilidad de traducir. Ortega tiene un breve ensayo sobre este tema. “Miseria y esplendor de la traducción” es su título. Leyendo y meditando sobre lo que en él se dice, llegamos a la conclusión de que debería hablarse de la “grandeza” de la traducción más bien que de la miseria o esplendor. La traducción no nos parece una faena utópica. Es posible traducir como es posible entenderse dentro de la variedad de lenguas individuales. El traductor, lo mismo que ocurre en la comunicación interindividual, ha de intuir el pensamiento del autor, para luego verterlo a otro sistema de lengua. Lo que puede parecer

miseria es la condición inherente a la faena de traducir: acercarse a un límite, tener un modelo al que no es posible superar pues entonces sería otra obra. La versión de una obra literaria no puede ser otra obra literaria, como la copia de un cuadro de Velázquez no es otro Velázquez. Pero la versión, el trasladar a una lengua lo que originariamente se dijo en otra es perfectamente posible. En toda lengua se puede decir todo, si todo fue pensado. Las palabras, si no existen, se inventan con los recursos que suministra la propia lengua o tomándolos de la traducida. Las traducciones han sido con frecuencia el gran vehículo para la renovación idiomática.

La grandeza de la traducción reside especialmente en esto: podemos conocer lo pensado en otras lenguas sin salir de la nuestra como gracias a los libros podemos saber lo que pasa por el mundo sin salir de nuestro rincón. A través de la multiplicidad de situaciones vitales el hombre ha ampliado sucesivamente la esfera de lo humano, y a través de las traducciones esa multiplicidad de experiencias puede llegar a ser vivida por todos los hombres.

Jesús Neira Martínez